

## LOS SANTOS, SOPORTE LOGÍSTICO DE LA EVANGELIZACIÓN

POR

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGOÑA (\*)

Un años más debo agradecer a los organizadores de esas Jornadas —ya las séptimas—, la confianza que depositan en mis saberes. Empeñados en hacer de mí un sabio sobre el Imperio español, constato, año tras año, que mis conocimientos sobre ello no superan los que cada uno de vosotros podéis tener —sin duda algunos tendréis muchos más—, y, ciertamente, no dan para una conferencia y ni siquiera para una deslabazada charla. Así que, como año tras año, os hablaré de otra cosa.

Perdón, pues, en primer lugar, a los que hayáis acudido en espera de oír hablar de nuestro glorioso Imperio. Pero como todos sois viejos amigos, seguro estoy de que me perdonaréis. Y, en todo caso, las reclamaciones..., al maestro armero. Que es el que pone los títulos, tan ajenos a mis supinas e imperdonables ignorancias.

¿De qué voy a hablaros entonces? Me sorprendió una palabra del título primeramente adjudicado...: El Imperio español soporte *logístico* para la Evangelización. Logístico. ¡Pues qué bien! Si poco sé de Imperio menos todavía de logística. Perdidas en las brumas de los tiempos, desde cuando era alférez de la IPS, parecen sonarme palabras que entonces me explicaron claramente lo que significaban: táctica, estrategia, logística...

---

(\*) Conferencia pronunciada en Zaragoza, en las Jornadas de las Uniones Seglares de 1996.

Y he pensado que cambiando alguna palabra casi podía valer el título que me fue inicialmente adjudicado. Os hablaré, pues de: Los santos de España, soporte logístico para la Evangelización.

Porque sin santos no se puede evangelizar. Y España evangelizó porque España ha sido una nación de santos.

Los santos de España. La nación más gloriosa en santidad de cuentas ha habido y habrá en el mundo. Y, por tanto, la nación más evangelizadora de cuantas ha habido y habrá en el mundo. Y aquí nos llega el Imperio español. Esa patria evangelizadora, esa patria de santos, ha hecho que una tercera parte de los católicos de hoy sean hijos de España. Que de cada tres católicos del mundo, uno reze en español. ¡Si en el cielo el idioma oficial debe ser el de España!

Nuestros dos primeros santos no fueron españoles. Pero quisieron venir a evangelizar España. Santiago y Pablo. Y a uno de ellos le gustó tanto nuestra tierra, se enamoró tanto de ella, que a España nos trajo la Virgen, en carne mortal, aquí, a Zaragoza. Para que la España de Santiago, su tierra amada, desde donde ha querido esperar la resurrección de los muertos, fuera la España de María.

Tampoco debieron ser españoles, o tal vez sí, vayan ustedes a saber, los siete siguientes santos de España. Pero les debemos mucho. Y los vamos a nombrar: Torcuato, Tesifonte, Esicio, Indalecio, Segundo, Eufrasio y Cecilio. Fueron nuestros primeros obispos. Nuestros primeros evangelizadores... Los varones apostólicos. Lo mismo me da que alguno no hubiera existido. O ninguno. Es igual. Los siglos han podido confundir nombres y lugares. Lo de menos es que fueran obispos de Guadix, de Berja, de Carcesa, de Almería, de Abla, de Andújar, de Elvira... ¡Qué más da! Lo cierto, lo que está fuera de toda duda es que hubo unos santos obispos, unos varones apostólicos que sembraron la fe de Cristo en España. Y la cosecha fue inmensa. Bendecida por Dios y por la Virgen.

Y ya los santos españoles. Los santos de la primera hora, los santos de las persecuciones romanas que, al igual que la primavera llena los campos de flores, llenaron España y el cielo de santos.

No puedo citarlos a todos. A los seguros, a los probables, a los dudosos o más que dudosos. ¡Qué hermosísima cosecha de santidad la de la España romana! Santos obispos, santos sacerdotes, santos

seglares, santos niños... Cuando los niños saben ser santos, saben morir por Cristo, es que Dios está muy dentro del corazón de sus hijos. Y yo creo que es imposible un niño santo sin una madre santa.

Desde entonces el cielo se acostumbró a ver llegar a sus puertas filas interminables de españoles que llevaban como pasaporte seguro, en su mano, la palma del martirio. Y los coros angélicos cantaban el *Te Deum laudamus* en honor de todos aquellos que venían con el alma blanquísima porque estaba recién lavada con su sangre.

Sus cuerpos, mutilados por el verdugo, esperan en España la resurrección. Pero sus almas españolas hace ya muchos siglos que están junto a Cristo y la Virgen en la gloria de Dios Padre.

Aquí, en Zaragoza, que ciertamente es la ciudad de María pero que también es la ciudad de innumerables santos mártires, se veneran los restos de no pocos de ellos. Las santas masas. Creo que en las próximas Jornadas deberíamos acudir a ellas, con piedad, con agradecimiento, con súplicas por esta España nuestra que fue también su patria.

Emererio y Celedonio de Calahorra, las dos Eulalias, o una sola venerada en Mérida y en Barcelona, Engracia, Vicente y sus compañeros zaragozanos, Fructuoso, Augurio y Eulogio de Tarra-gona, los alcaláinos Justo y Pastor, Vicente, Sabina y Cristeta, Tecla, Justa y Rufina... y tantos más, son nuestros primeros santos, son los primeros que hicieron que a Dios empezara a sonarle el nombre de España.

Ya sé que a Dios le sueña todo desde la eternidad. Que todo lo conoce y todo lo ha valorado antes de que los siglos fueran siglos. Pero su hijo Jesucristo, que si es verdadero Dios también es verdadero hombre, tuvo que sonreír de alegría cuando llegaron al cielo los primeros santos españoles. Y desde entonces, ¡cuántas sonrisas! ¡cuántas sonrisas de Dios!

Cayó el Imperio y llegaron los siglos godos. Y España siguió siendo una máquina imparable de hacer santos. Si con Roma fueron los santos mártires, ahora serán los santos obispos. También hubo mártires como Hermenegildo o mujeres como Florentina, pero lo que destaca, lo que llama la atención, es el número de obispos

santos de la Iglesia visigoda. O, mejor dicho, de la Iglesia de España en los siglos godos. Ildefonso, Isidoro, Leandro, Millán, Braulio, Eugenio, Julián, Floresindo, Gregorio, Prudencio, Fructuoso, Martín, Fulgencio, Justo, Toribio, Masona... Y más. España fue una nación de obispos santos. ¡Qué suerte para los hijos tener unos padres santos! ¡Qué suerte para los fieles, para los sacerdotes que sean santos sus obispos! ¡Qué envidia! ¡Qué pena!

Y con obispos santos España se convirtió a la fe de Cristo. En Toledo. En su tercer Concilio. No muchos españoles. España. Y desde entonces fue la nación católica por antonomasia. La nación más católica del mundo. Y así por siglos y siglos. ¿Veis nuestra España de hoy? ¿Son santos nuestros obispos? Tal vez ahí esté la explicación de tantas cosas.

De nuevo la persecución, esta vez la musulmana, y de nuevo los santos mártires de España que en esta ocasión hicieron a Córdoba especialmente gloriosa. Pelayo, Eulogio, Flora y María... Innumerables mártires de Córdoba. Bellísimas historias de unos católicos que tenían prisa de cielo. Y querían llegar a él cuanto antes. Por el camino más corto: el del martirio. Y también en otros lugares de España, como en la Huesca de Nunilo y Alodia...

Los hermosos santos de la primera Reconquista: el leonés Froilán, los gallegos Rosendo y Pedro de Mezonzo, que enseñó a toda la Cristiandad la bellísima oración de la Salve Regina, Olegario de Barcelona, Toribio de Liébana, Millán de la Cogolla, los Domingos de la Calzada y Silos, Raimundo de Fitero, los madrileños Isidro Labrador y María de la Cabeza...

Conforme avanzan los siglos los datos son más firmes y seguros. En el siglo XIII hay ya santos no de gloria inmarcesible, que esa es la de todos los santos, sino de peso singularísimo en la Iglesia. En la Iglesia de España y en la Iglesia universal.

San Fernando rey de Castilla y de León por nacimiento y de casi toda España porque él la conquistó para la Cruz. ¡Si hermosos son los días de los obispos santos yo diría que casi lo son más los de los reyes santos! Todos estamos llamados a la santidad pero parece que los reyes tienen más motivos de distracción en el camino que los obispos. Además, éstos ejemplarizan a una diócesis, aqué-

llos, a toda una patria. Si al ver a los obispos de hoy, comparándolos con los de los siglos de los obispos santos, exclamé: ¡Qué pena! ¿Qué voy a deciros al ver a los reyes de hoy si los comparamos con San Fernando rey?

Hubo muchos reyes santos pero creo que muy pocos resisten la comparación con nuestro Fernando. Ejemplar en todo. Como rey y como santo. Como conquistador y como administrador de justicia. El sólo hizo más España —me refiero claro está a la peninsular— que casi todos los demás reyes juntos. Fue realmente un premio de Dios a España.

Y Domingo de Guzmán. Otro santo que él solo bastaría para enorgullecer a una patria. La Orden dominicana es obra suya y desde entonces las herejías tuvieron un firme valladar en sus teólogos. Por no hacer interminable la lista citemos solamente la figura inmensa de Tomás de Aquino que, si no es español por nacimiento, lo es de algún modo por dominico.

Pero de Domingo de Guzmán quiero señalaros otro aspecto. Tal vez más importante que los Aquinos y los Báñez, los Canos y los Vitorias, los Granadas y los Torquemadas. Seguro que más importante. Los millones y millones de cuentas desgastadas de amor que millones y millones de católicos de todo el mundo han ofrecido a María en el santo Rosario. Pedro de Mezonzo inventó la Salve, Domingo de Guzmán el Rosario. Cierto que es impagable lo que debemos a la Virgen y todo cuanto hagamos por ella será poco. Pero España le ha dado la Salve y el Rosario. Ninguna otra nación del mundo, porque el arcángel Gabriel solo tenía por patria el cielo, le ha dado tanto. Ni nada parecido.

Pero hubo más santos. De este siglo fueron también Raimundo de Peñafort, Martín de Fojosa, Bernardo Calvo, Pedro Nolasco, Pedro Pascual, María de Cervellón, Pedro Armengol, Juana de Aza y Manés de Guzmán, Pedro González (Telmo)...

Otra hermosísima figura, del siglo siguiente, el XIV, es Santa Isabel de Portugal, la Rainha Santa, que era Infanta de Aragón y nació en nuestra patria. Y el mercedario Ramón Nonato...

Del XV otro santo que parece de leyenda, el dominico Vicente Ferrer. Y el franciscano Pedro Regalado, Diego de Alcalá, el agus-

tino Juan de Sahagún, el hijo de esta tierra aragonesa Pedro de Arbués, asesinado por los judíos al igual que el santo Niño de La Guardia, Beatriz de Silva...

El siglo XVI es ya una pasada. El solo bastaría para justificar más que sobradamente la gloria católica de cualquier patria. Ignacio de Loyola, Teresa de Jesús, los tres Juanes, a cual más excelso, de la Cruz, de Avila y de Dios, los Franciscos, Javiet y de Borja, Pedro de Alcántara...

Y, por si estos no bastarán, Tomás de Villanueva, Salvador de Horta, Luis Bertrán, Catalina Tomás, Toribio de Mogrovejo, Pascual Bailón, los mártires franciscanos del Japón y los mártires jesuitas del Brasil, Alonso de Orozco, Sebastián Aparicio, Nicolás Factor, Marcos Criado, Andrés Hibernón, Alfonso Pacheco...

En el siglo XVII comenzó nuestra decadencia política pero no decayó la santidad en España. Figuras egregias fueron el aragonés José de Calasanz, el arzobispo Juan de Ribera, los jesuitas Alfonso Rodríguez y Pedro Claver, el franciscano Francisco Solano, el dominico Martín de Porres, la bellísima figura de la Rosa de Lima, Miguel de los Santos, María Ana de Jesús Paredes, y aquel ejemplar sacerdote barcelonés que fue José Oriol. Y los mártires dominicos del Japón y los jesuitas del Río de la Plata. Y Simón de Rojas, Ana de San Bartolomé, Mariana de Jesús, Gaspar del Bono, Julián de San Agustín, Juan Bautista de la Concepción, Juan de Prado, Juan Macías, Francisco Fernández Capillas, Buenaventura de Barcelona, Josefa de Santa Inés...

El siglo de Carlos III y de la expulsión de los jesuitas, del regalismo y de la Ilustración no podía ser un siglo de santos. Y no lo fue. Aunque encontremos figuras de la talla del Beato Diego José de Cádiz, que arrastró a toda España hacia la virtud con el fucgo de su palabra verdaderamente milagrosa. Tal es la fuerza cuando se conjugan la palabra de Dios y la santidad del misionero, que no me resisto a leer los versos con que un autor descreído reflejó la impresión que le produjo aquel santo religioso:

«Yo vi aquel fervoroso capuchino,  
timbre de Cádiz, que con voz sonora,

al blasfemo, al ladrón, al asesino,  
fulminaba sentencia aterradora.  
Vi en sus miradas resplandor divino,  
con que angustiaba el alma pecadora,  
y diez mil compungidos penitentes  
estallaron en lágrimas ardientes.  
Le vi clamar perdón al trono augusto,  
gritando humilde: "No lo merecemos",  
y temblaron, cual leve flor de arbusto,  
ladrones, asesinos y blasfemos;  
y no reinaba más que horror y susto  
de la anchurosa plaza en los extremos,  
y en la escena que fue de impuro gozo  
sólo se oía un trémulo sollozo».

Misionero popular también, aunque de menos fama que el P. Cádiz, fue el beato dominico Francisco de Posadas y muy notable asimismo el jesuita aragonés José de Pignatelli, artífice de la restauración de la Compañía de Jesús. Y para que en el cielo no se olvidaran que España seguía siendo una nación de mártires, cinco dominicos españoles subieron a los altares como mártires en China.

El estéril siglo XVIII dio paso al atormentado XIX en el que la Iglesia española conoció de nuevo la persecución a manos ahora del liberalismo. Y los santos se multiplicaron. En esta ocasión podríamos decir que estamos en el siglo de los santos fundadores y fundadoras de congregaciones religiosas. Hombres y mujeres de inmensa talla que se propusieron revitalizar el catolicismo español: Antonio María Claret, Joaquina de Vedruna, Micaela del Santísimo Sacramento, Soledad Torres Acosta, Teresa de Jesús Jornet, Vicenta María López Vicuña, Francisco Palau y Quer, Manuel Domingo y Sol, Enrique de Ossó, la madre Ráfols...

Y, ¿cómo no?, siempre los mártires de España. Ahora los franciscanos de Damasco y los dominicos del Tonking. De estos últimos quiero hacer una especial mención, pues fueron unos santos muy especiales. Generalmente, estos misioneros, que sufrían el martirio en tierras lejanas de Asia o América, sucumbían en una persecución que se desataba en un determinado momento. Bien conocían el riesgo y lo asumían por Dios. Y a veces se encontraban

con la palma del martirio. Pero el caso de los dominicos del Tonking, martirizados en los siglos XVIII y XIX era distinto. Allí no ocurría una persecución. Allí la persecución era permanente. Iban unos a sustituir a otros compañeros ya martirizados y con la seguridad casi matemática de que a ellos les iba a ocurrir lo mismo. Como así sucedía. Más que vocación de sacerdotes es como si de lo que verdaderamente tenían vocación era de mártires.

Por eso, como un homenaje a tantos mártires españoles, como me ha sido imposible nombrarlos, en testimonio de piedad y gratitud, como una oración, os voy a decir los nombres de estos españoles que dieron su sangre por la religión en el lejano Tonking, que es, más o menos, el Vietnam de hoy.

El tortosino Francisco Gil de Federich, degollado el 22 de enero de 1745. El vallisoletano, de Nava de Rey, Mateo Alonso de Liciniana, degollado con el anterior. El valenciano, de Játiva, Jacinto Castañeda, también degollado el 7 de octubre de 1773. El cordobés, de Baena, Domingo Henares, obispo, decapitado el 25 de junio de 1838. El vallisoletano, de Ventosa de la Cuesta, José Fernández, degollado el 24 de julio de 1838. Clemente Ignacio Delgado, ejecutado el 21 de julio de 1838. El gallego José María Sanjurjo Díaz, obispo, ejecutado en 1857. El asturiano, de Cortes, Melchor García Sampedro, también obispo, ejecutado el 28 de julio de 1858, al año siguiente de aquél a quien había sucedido como sucesor de los Apóstoles. Jerónimo Hermosilla, riojano, de Santo Domingo de la Calzada, obispo, degollado el 1 de noviembre de 1861. Pedro José Almató, de San Feliú Saserra, Barcelona, degollado con el anterior. Y Valentín de Berrio Ochoa, de Elorrio, Vizcaya, también obispo, degollado asimismo el 1 de noviembre de 1861. Verdaderamente podemos decir que el catolicismo del Vietnam está regado con la sangre de los mártires de España.

Y llegamos al siglo XX. Y continúa la santidad. Santa Rafaela María del Sagrado Corazón, fundadora de las Esclavas. El beato Manyanet, fundador de los Hijos de la Sagrada Familia y de las Misioneras de la Sagrada Familia de Nazaret. Genoveva Torres Morales, fundadora de las Angélicas. Angela de la Cruz, fundadora de las Hermanitas de la Cruz. José María Escrivá de Balaguer,

fundador del Opus Dei. Pedro Poveda, fundador de las Teresianas, aunque este último, atajara por las sendas del martirio. Ezequiel Moreno, obispo de Pasto, en Ecuador. Marcelo Spínola, cardenal arzobispo de Sevilla.

Que pocos obispos llegan ahora a los altares, salvo los obispos mártires. Desde San Juan de Ribera, muerto en 1611 ha habido que esperar al beato Spínola muerto en 1906. Me estoy refiriendo, claro está, a la España europea pues en América fueron obispos también San Antonio María Claret y San Ezequiel Moreno. Y, ¡qué obispo Marcelo Spínola! ¡Cuánto se podría contar de él! Sólo referiré una anécdota. Nunca tenía nada porque todo lo daba. Todo, porque apenas gastaba en vivir. Y no digamos en vestir. Llega entonces el hambre a Sevilla tras una sequía prolongada. Y sus diocesanos se morían, literalmente, de hambre. El arzobispo, un anciano próximo a la muerte, como no tenía nada, no podía socorrerles. Y salió a pedir limosna. A persona que veía, le tendía la mano abierta. Y, como un pobre, como lo que era, pedía por amor de Dios una limosna. Desde primeras horas de la mañana hasta la noche. Cargado de años y enfermo. Por las calles, en el mercado, hasta en el Centro Republicano cuyos miembros odiaban todos a la Iglesia y pertenecían a la masonería en una buena parte. Y le dieron tanto, que pudo atender a todos. Y el hambre desapareció de la ciudad de Sevilla y de su diócesis. Era un obispo santo.

Pero a España aún le parecía que eran pocos los santos que había ofrecido al cielo. Y que era necesario más para intentar saldar la enorme deuda de gratitud que tenía con Cristo y con María. Y un año trágico y glorioso, el de 1936, dio al cielo más santos que todos los que había dado a lo largo de su historia.

Aquella epopeya de martirio y de gloria, de heroísmo y santidad es incarrable. Cualquier historia que cojáis es emocionante. Y hay miles y miles de historias. De obispos, de sacerdotes, de religiosos y religiosas, de padres y madres de familia, de jóvenes... A cuál más bella. A cuál más santa.

Ya he perdido la cuenta de los que hasta el momento han sido beatificados. Debemos estar por los dos centenares. Y vendrán muchos más. Muchísimos más. En martirios colectivos o indivi-

duales. En hermosísimas gestas de amor, de amor a Cristo y a España, todas ellas.

Reconozco que tengo una cierta obsesión por los obispos. Tal vez por esa motivación subconsciente de justificar mis miserias y debilidades con las de mis padres, maestros y pastores. Tal vez porque mi corazón no les encuentra como padres, maestros y pastores. Por eso, siendo todos los santos egregios, me impresionan más los santos obispos. Que sin duda, por su altísimo puesto eclesial de sucesores de los Apóstoles, son los más llamados al ejemplo. Pues, esa persecución cruelísima, ya ha conseguido que los de Almería, Guadix y Teruel estén en los altares. Y tras Medina, Ventaja y Polanco llegarán, ciertamente, y pronto, monseñor Iru-rira, ejemplar obispo de Barcelona. Y el auxiliar de Tarragona, el doctor Borrás. Y el de Lérida, monseñor Huix. Y el de Barbastro, que se presentó en el cielo seguido de todos sus sacerdotes y religiosos en la más impresionante procesión martirial que hayan visto nunca los ángeles y los santos. Imaginároslo. Porque debió ser así. Alguien, asomado en una nube, vió que llegaba una fila inmensa, interminable. Corrió la voz y las balconadas del cielo se llenaron de santos asombrados. Al frente, con ornamentos episcopales, llegaba un anciano que había trocado su báculo por una hermosa palma. Tras él, su cabildo catedral, en dos filas que se continuaban con párrocos, coadjutores y seminaristas. Ciento catorce sacerdotes marchaban tras el obispo. Ciento catorce. ¿Os dais cuenta de qué cantidad en una diócesis mínima en superficie y en población? Prácticamente no quedó uno vivo. Seguían los religiosos, con sus distintos hábitos: claretianos, benedictinos, escolapios... Los hijos del P. Claret eran cuarenta y nueve. Y la inmensa mayoría jóvenes novicios. Fue memorable aquella escena en la que los asesinos, después de haber ejecutado a los sacerdotes, viendo a aquellos jóvenes estudiantes claretianos, debieron sentir una leve chispa de humanidad y por un momento pensaron en salvar a los más jóvenes. Y el jefe de aquella horda pidió que se adelantaran los que tuvieran más de veintiséis años. Y ninguno dio el paso al frente. No porque tuvieran miedo a morir, que no lo tenían, sino porque ninguno llegaba a esa edad. Repitió la orden rebajando

un año. Los que tengan más de veinticinco. Y tampoco había ninguno. Entonces resolvieron matar a todos. Después los seglares. Y entre ellos uno de indudable raza gitana. Todos con su palma en la mano. Conforme se aproximaban comenzaron a oírse sus cánticos y a distinguirse su semblante. Si todo el mundo llega feliz al cielo, en aquéllos parecía que la alegría era todavía mayor. El *Cristus vincit, Cristus regnat, Cristus imperat* fue ya nítido y vibrante. Y aquel día ocurrió en el cielo algo muy especial. Cuando se abrieron las puertas del cielo, no fue San Pedro quien salió a preguntar al que llegaba quién era y cuáles los méritos que traía. Aquel día, fue el mismo Cristo quien salió a la puerta, revestido de la más radiante y hermosa túnica roja, que parecía teñida de su Preciosísima Sangre, a recibir a la más heroica, a la más martirizada, de las diócesis de España que llegaba, tras su obispo, a recibir el premio de su sangre. Y Cristo abrazó con inmenso amor al santo obispo de Barbastro, monseñor Asensio, y, después, uno por uno, a los sacerdotes, a los religiosos, a los seminaristas y novicios, a los seglares. Y dicen que cuando llegó al gitano el abrazo fue si cabe más apretado. Seguramente un teólogo encuentre alguna pega en el relato. Pero yo estoy seguro de que debió ocurrir algo muy parecido a lo que os he contado.

Y faltan más obispos: el de Sigüenza, monseñor Nieto, el de Jaén, monseñor Basulto. El de Cuenca, monseñor Laplana, aquel que en el supremo momento en el que le fusilaban bendecía a sus asesinos. Y esto que se contaba entre el pueblo pero que los sesudos historiadores achacaban a leyenda piadosa tuvo exacta confirmación cuando se exhumaron sus restos mortales y se vió que su mano derecha estaba perforada por una bala en posición de bendecir. El de Segorbe, monseñor Serra. El de Ciudad Real, monseñor Esténaga.

Esta es la base logística para la evangelización de España. Para la nueva evangelización de España. Los santos de nuestra patria. Los elevados a los altares y los que se van a elevar. Los que ya gozan de Dios y los que, seguro, en estos días, se están santificando en este mundo y un día llegará el momento glorioso de su proclamación como tales. Porque España va a seguir siendo una inmensa fábrica de santos. Esa es nuestra fe. Esa es nuestra esperanza.